

Текст для аудирования

Puerta segura

El verano pasado mi hermana y yo estuvimos unos días en Palma de Mallorca. La agencia de viajes, en Sevilla, nos había reservado una habitación en un hotel muy pequeño, que no está lejos del centro. Tenía aspecto antiguo, pero el interior era muy moderno. Nos recibió con mucha cordialidad el mismo dueño. Había habido muchos robos, nos dijo, y había decidido cambiar todas las puertas y cerraduras de su hotel. Nos acompañó él mismo a nuestra habitación, para explicarnos el funcionamiento de la cerradura. Cuando llegamos ante la puerta de nuestra habitación quedamos impresionados. Era una puerta muy sólida. La cerradura era imponente. Había varios botones y dos luces, una de color rojo, que se encendía cuando la puerta estaba cerrada y otra de color verde, que se encendía cuando la puerta estaba abierta. El dueño nos entregó una tarjeta magnética que teníamos que programar nosotros mismos con un código secreto. Luego, para entrar, sólo teníamos que introducir la tarjeta en la ranura y marcar nuestro código pulsando los botones. Antes de despedirse, nos entregó un libro con las instrucciones escritas en varios idiomas. Nos pasamos casi una hora encerrados en la habitación estudiando el manual y, al final, pudimos programar nuestro código. La primera vez que tuvimos que entrar, ese mismo día por la noche, después de la cena, estuvimos un buen rato delante de la puerta marcando una serie de códigos y apretando varios botones, pero la luz verde no se quería encender. Mi hermana me daba instrucciones todo el rato y comentaba mis errores: Pero, chico, éste es el código del portero automático de tu casa. ¿Quieres sacar dinero? Me parece que estás marcando el número secreto del cajero automático. Yo marqué además, un número de teléfono y el número secreto de mi acceso a Internet. Al final, la luz verde se encendió, una voz electrónica –que no era ni de mujer ni de hombre– dijo Adelante y pudimos abrir la puerta y entrar. Al día siguiente nos ocurrió exactamente lo mismo. Tuvimos que leer otra vez las instrucciones en el manual, recordar el código, apretar los botones en orden... Poco a poco fuimos aprendiendo. Al cuarto día abríamos ya la puerta en menos de diez minutos. ¡Todo un récord!

El quinto día, después del desayuno, volvimos a la habitación para buscar los paraguas porque estaba lloviendo. Con el manual en la mano empecé a pulsar botones. La luz roja seguía encendida. La camarera pasó por delante con su carrito de la limpieza. Nos miró con una sonrisa amable y nos dijo:

–No hace falta, señores. Esa puerta ya está abierta.

Cogió el pomo, dio la vuelta hacia la izquierda y, aunque la luz seguía estando roja, abrió la puerta.

–¿Cómo es posible? –pregunté–. La luz está roja.

–Oh, es igual. Esta puerta ha estado abierta toda la semana. ¿Ven ustedes?, es que no han bajado esta palanca que hay aquí detrás. Si no bajan la palanca, la puerta no se cierra. ¿Ven?